

también a los malos y a los buenos. Aquellas cosas
pues, son dignas de estima y deleitosas (como ya
está dicho muchas veces), que las juzga ser tales
el hombre virtuoso, porque cada uno juzga por
5 más digno de escoger el ejercicio que es según
su propio hábito, y así también el virtuoso juzga
por más digno de escoger el ejercicio que es según
virtud. No consiste, pues, la felicidad en gracias y
burlas, porque cosa sería ajena de razón, que el fin
10 de nuestra vida fuesen gracias, y que todo el dis-
curso de nuestra vida negociásemos y padeciésemos
trabajos por causa de decir donaires. Porque todas
las cosas, hablando así sumariamente, las apete-
cemos por causa de otras, excepto la felicidad,
15 porque este es el fin de todas ellas. Afanarse, pues,
mucho y trabajar por amor de burlas y niñerías,
mucha necesidad parece y mucha niñería. Pero
burlarse algún poco para después volver a las
cosas de veras con hervor, como decía Anacarsis,
20 parece estar bien dicho. Porque las burlas parecen
una manera de descanso, y como los hombres no
pueden perseverar en el trabajo de continuo, tie-
nen necesidad de algún descanso. No es, pues, el
reposo el fin de nuestra vida, porque lo tomamos
25 por amor del ejercicio. Y la vida bien afortunada
parece consistir en las cosas hechas conforme a
virtud, y esta es la vida virtuosa, y no en las bur-
las ni en las gracias, porque las cosas virtuosas
meiores decimos que son, que no las cosas de risa

y las de gracias, y el ejercicio de la mejor parte y del mejor hombre, mejor virtuoso cierto es. Y así el ejercicio del que es mejor, más principal será y más importante para la felicidad. De los deleites corporales, pues, quienquiera puede gozar, aunque sea un vil esclavo, no menos que el bueno, pero la felicidad ninguno la atribuirá al esclavo; si ya también la vida virtuosa no tuviese. Porque no consiste la felicidad en semejantes conversaciones, sino en los ejercicios hechos conforme a virtud, como ya está dicho en lo pasado.

CAPÍTULO VII

DE LA FELICIDAD CONTEMPLATIVA

Declarado ya qué es y en qué consiste la felicidad, propone agora Aristóteles cuál es la mayor felicidad, y muestra ser la mayor la que consiste en la contemplación y en la consideración de las cosas, pues la parte que es más excelente y más divina en los hombres, se ejercita en ella, que es el entendimiento. Y también porque esto es lo que los hombres pueden hacer más continuamente y sin fatiga, y porque al juicio bien dispuesto no hay cosa que tanto gusto le dé. Asimismo porque éste es un ejercicio que menos necesidad tiene de cosas exteriores, lo cual es propio de la felicidad. Confórmase mucho este parecer con la verdad de nuestra fe, la cual nos enseña que aquellos verdaderamente bienaventurados, que en el otro siglo gozan de Dios, en éste tienen su felicidad, cuyo deleite excede a todo género de deleites. Y aun por boca de nuestro mismo Redemptor está esto aprobado, cuando

pronunció que María Magdalena había escogido la mejor parte, la cual, como el sagrado Evangelio lo cuenta, estaba a los pies del Señor contemplando y considerando sus divinos sermones y palabras.

5 Pues si la felicidad es ejercicio conforme a la virtud, más princifforme (*sic*) a razón que ha de ser conforme a la virtud más principal, la cual es la virtud de la mejor y más principal parte, ora sea ésta el entendimiento, ora otra cosa, la cual conforme a la naturaleza parece que manda y es la
10 capitana, y que tiene conocimiento de las cosas honestas y divinas, ora sea ella de suyo cosa divina, ora la más divina que en nosotros se halla. El ejercicio, pues, desta, hecho conforme a su propria
15 virtud, será la perfeta felicidad. Y que la virtud desta parte sea la contemplativa, ya está dicho, y esto que decimos muestra conformar con lo que ya antes está dicho y con la verdad misma. Porque este ejercicio es el más principal de los ejercicios,
20 pues el entendimiento es lo principal que hay en nosotros, y de las cosas que se conocen, las más principales son las que el entendimiento considera. A más desto, éste es el más continuo de los ejercicios, porque más continuamente podemos contemplar que no obrar cualquiera cosa.
25 También tenemos por cierto que en la felicidad ha de haber mezcla de deleite, pues sin contradicción ninguna el ejercicio de la sabiduría es el más deleitoso de todos los ejercicios de virtud, porque

parece que la sabiduría tiene en sí maravillosos deleites, así cuanto a la pureza dellos, como cuanto a la firmeza, y por esto, conforme a razón, más aplacible les es la vida a los que saben, que a los que preguntan, así como aquello que llamamos suficiencia más cuadra a la contemplación. Porque de las cosas que son menester para el vivir, el sabio y el justo y todos los demás tienen necesidad. Pero siendo destas cosas bastantemente proveídos, el justo tiene aún necesidad de aquellos para quien y con quien use de justicia, y de la misma manera el templado, y también el valeroso, y cada uno de todos los demás. Pero el sabio, estando consigo a solas, puede contemplar, y cuanto más sabio fuere muy mejor. Ello por ventura es mejor hacerlo en compañía, pero con todo eso es el sabio más bastante para sí. Parece asimismo que sola la contemplación es amada por sí misma, porque della ningún otro provecho procede fuera del mismo contemplar, pero en los negocios parece que algo más o menos alcanzamos fuera de la misma obra. También parece que la felicidad consiste en el reposo, porque si tratamos negocios es por después descansar, y si hacemos guerra es por después vivir en paz; los ejercicios, pues, de las virtudes activas consisten, o en los negocios tocantes a la república, o en las cosas que pertenecen a la guerra, y las obras que en estas cosas se emplean parecen obras ajenas de des-

canso, y sobre todas, las cosas tocantes a la guerra. Porque ninguno hay que amase el hacer guerra sólo por hacer guerra, ni aparejase lo necesario sólo por aquel fin, porque se mostraría ser del
5 todo cruel uno y sanguinario, si de amigos hiciese enemigos sólo porque hobiese batallas y muertes se hiciesen. También es falto de descanso el ejercicio del que gobierna la república, y a más del gobierno procura para sí señoríos o dignida-
10 des, o la felicidad para sí o para sus ciudadanos, diferente de aquella común civil que aquí buscamos como manifiestamente diferente. Pues si entre todos los ejercicios y obras de virtud, las civiles y tocantes a la guerra son las más princi-
15 pales en honestidad y grandeza, y éstas carecen de descanso y van dirigidas a otro fin, y no son por sí mismas dignas de escoger, y el ejercicio del entendimiento, siendo contemplativo, parece que difiere y se aventaja en la afición y que no pre-
20 tende otro fin alguno fuera de sí mismo, pero que en sí mismo tiene su deleite propio, el cual su propio ejercicio hace ir de aumento y hay en él bastante suficiencia y descanso y seguridad de fatiga, cuanto el humano estado es capaz della, y
25 todas las demás cosas que se atribuyen a un varón bien afortunado, parece que se hallan en este ejercicio de la contemplación, ésta por cierto será la felicidad perfecta del hombre, si se le añade perfecta largueza de la vida, porque ninguna cosa

imperfeta es de las que comprende en sí la felicidad. Pero tal vida como ésta más perfeta sería que la que un hombre puede vivir en cuanto hombre, porque en cuanto hombre no viviría desta manera, sino en cuanto hay en él alguna cosa divina; y cuanto ésta difiere de las cosas compuestas, tanta diferencia hay del ejercicio desta al de las demás virtudes. Y si en comparación del hombre el entendimiento es cosa divina, también será divina la vida que es conforme al entendimiento, en comparación de la vida de los hombres. Conviene, pues, que no sigamos el parecer de los que dicen que, pues somos hombres, que nos contentemos con saber las cosas de hombres, y pues somos mortales, que amemos lo mortal, sino que en cuanto posible fuere nos hagamos inmortales y hagamos todo lo posible por vivir conforme a lo mejor que hay en nosotros; lo cual aunque en el tomo es poco, con todo eso en poder y valor a todo lo demás hace mucha ventaja. Y aun parece que cada uno de nosotros es este entendimiento, pues somos lo que es más principal y lo mejor. Cosa, pues sería, por cierto ajena de razón, que uno dejase de seguir la vida que es propria suya por escoger la de otra cualquier cosa. Cuadra también al propósito lo que está ya dicho arriba, porque lo que a cada uno le es proprio, según su naturaleza, aquello mismo le es lo mejor y lo más deleitoso y aplacible. Y así al hombre le será tal

5
10
15
20
25

la vida que es conforme al entendimiento, pues el hombre más particularmente es entendimiento que otra cosa. Esta tal vida, pues, será la más próspera y mejor afortunada.

5

CAPÍTULO VIII

EN QUE SE PRUEBA QUE EL SABIO ES EL MEJOR AFORTUNADO

Después que con muy claras razones ha probado el filósofo que la vida contemplativa es la más perfecta vida, trata agora de la vida activa, la cual consiste en el ejercicio de las demás virtudes, y muestra ser ésta inferior a la contemplativa, pues consiste más en negocios y en afectos, los cuales, sin duda ninguna, no tienen que ver con el sosiego y quietud del entendimiento. Pruébalo también por la común opinión de los hombres, los cuales atribuyen a Dios la vida más perfecta, así como él, sin comparación, es lo más perfecto; y así le atribuyen la contemplación y consideración, en cuanto el hombre puede considerar y entender la divinidad. Nadie a Dios le atribuye negocios ni ocupaciones, sino los necios de los poetas gentiles, que las cosas de Dios las pintaban al modo de los hombres, por lo cual son reprendidos de Platón en los libros de república, como hombres que las flaquezas de los hombres las quisieron autorizar con el nombre de Dios, con grande injuria de la divinidad. Y así también aquí el filósofo se burla de semejantes necedades.

Después desta es la más perfecta la que es conforme a las demás virtudes. Porque los ejercicios dellas son humanos, porque las cosas justas, y las

30

valerosas, y las demás que conforme a virtud se hacen, tratámoslas los unos con los otros en nuestras contrataciones y necesidades, y en todo género de negocios, repartiendo a cada uno lo que conviene en lo que toca a los afectos. Pero todas estas cosas parecen ser cosas humanas, y aun algunas dellas proceder del mismo cuerpo, y aun la virtud moral es cosa muy anexa a los afectos. La prudencia también está unida con la moral virtud, y la moral virtud con la prudencia, pues los principios de la prudencia consisten en las virtudes morales, y lo perfeto de las virtudes morales será regla por la virtud de la prudencia. Y pues estas virtudes a los afectos son anexas, consistirán por cierto en todo el compuesto, y las virtudes de todo el compuesto son virtudes humanas, y así lo será también la vida que conforme a ellas se hace y la felicidad que procede dellas. Pero la felicidad que del entendimiento procede, es cosa que está de parte, porque sólo esto tratamos aquí della, porque tratarlo más exquisitamente excede a la materia que tratamos de presente. Y aun parece que de las cosas de defuera tiene esta felicidad poca necesidad, o a lo menos no tanta cuanta la moral. Porque de las cosas para su proprio sustento necesarias, ambas a dos tienen igual necesidad, aunque más se fatiga el varón civil por lo que toca al cuerpo y por las cosas semejantes. Pero, en fin, difieren poco en cuanto a esto, pero en cuanto a

sus propios ejercicios, hay entre ellos mucha diferencia, porque el varón liberal tiene necesidad de dineros para ejercitar las cosas de la liberalidad, y también el justo para volver el galardón, porque las voluntades son inciertas, y aun los que no son justos fingen tener gana de hacer obras de justicia. Asimismo el hombre valeroso tiene necesidad de poder, si algo ha de llegar al cabo de las cosas que a aquella virtud tocan. También el templado tiene necesidad de libertad, porque no teniéndola ¿como se verá si es tal, o es al contrario? Dispútase también cuál es más propia de la virtud, la elección o la obra, como cosa que en ambas a dos consiste. La perfecta virtud, pues, claramente se ve que consiste en la una y en la otra, pero para el ponerlo por obra, otras muchas cosas ha menester; y aun cuanto mayores y más ilustres sean las obras, tanto más cosas requiere. Pero el que contempla, ninguna cosa destas ha menester para su ejercicio; antes le son (digámoslo así) una manera de estorbo para su contemplación. Aunque este tal, en cuanto es hombre y huelga de vivir con muchos, obrará también según virtud, y así, para tratarse como hombre, terná necesidad destas cosas. Pero que la contemplación y ejercicio contemplativo sea la perfecta felicidad, por esto lo entenderemos claramente: porque a los dioses más particularmente los juzgamos por dichosos y bienaventurados; pero ¿qué ejercicios o qué obras les debemos atribuir? ¿Por

ventura las de justicia? ¿No sería cosa de risa ver a los dioses hacer contratos y restituir los depósitos y hacer cosas semejantes? ¿O diremos que son valientes, y que guardan las cosas temerosas, y se ponen en peligros, porque el hacer esto es cosa honesta? ¿Pues qué, diremos que son liberales? ¿A quién, pues, darán? También parece cosa ajena de razón decir que los dioses tengan dineros o cosa semejante. ¿O diremos que son templados? ¿Para qué lo han de ser? ¿O es para ellos por ventura alabanza pesada el decir que carecen de deseos malos? Si queremos, pues, discurrir por todo, hallaremos que todas las cosas tocantes a negocios son cosas pequeñas y no dignas de ser atribuídas a los dioses. Pero todos piensan que los dioses viven y que se ocupan en algunos ejercicios por la misma razón, porque no han de estar durmiendo como Endimion. Quitándole pues al que vive el obrar, o por mejor decir, el hacer, ¿qué le resta sino el contemplar? De manera que el ejercicio de Dios, el cual excede en bienaventuranza, es contemplativo, y de la misma manera, entre los hombres, el ejercicio que más cercano fuere a éste, será el más bien afortunado. Entiéndese también por esto que los demás animales no participan de la felicidad, careciendo del todo deste ejercicio, porque a los dioses toda la vida les es bienaventurada; pero a los hombres tanto cuanto su vida es un retrato del ejercicio de los dioses. Pero de los de-

5
10
15
20
25

más animales ninguno se dice ser bienaventurado, porque en ninguna manera participan de la contemplación. Tanto, pues, se extiende la felicidad, cuanto la contemplación, y los que más participan del contemplar, también participan más del ser bienaventurados, y esto no accidentalmente, sino por razón de la misma contemplación, porque ella por sí misma es cosa preciosa. De manera que la felicidad no es otra cosa sino una contemplación. Aunque este tal bien afortunado, pues es hombre, también tendrá necesidad de tener abundancia de los bienes de fuera, porque la naturaleza de suyo no es suficiente para el contemplar, sino que conviene que el cuerpo esté sano y que tenga su mantenimiento y el demás servicio necesario. Pero no porque no sea posible ser uno bienaventurado sin los bienes exteriores, por eso habemos de pensar que el bienaventurado tendrá necesidad de muchos dellos y de muy cumplidos, porque la suficiencia no consiste en exceso, ni tampoco el juicio, ni menos el hacer la obra, porque bien podemos obrar cosas honestas sin ser señores de la tierra o de la mar, pues puede uno con mediana facultad de cosas ejercitarse en las obras de virtud. Lo cual se puede ver muy a la clara, porque los particulares ciudadanos no parece que se ejercitan menos en las cosas de virtud, antes más que las gentes poderosas. Basta, pues, tener hasta esta cantidad los bienes de for-

tuna, porque la vida del que en virtud se ejerci-
tare, será bienaventurada. Solón, pues, por ven-
tura que quiere significarnos los bienaventurados
donde dice, y muy bien, que aquellos lo serán,
que en las cosas exteriores fueren medianamente 5
abundantes y hobieren hecho cosas ilustres, según
a él le parecía, y templadamente hayan vivido.
Porque bien es posible que los que medianamente
tienen lo que han menester, hagan lo que deben.
Parece asimismo que Anaxágoras no llama bien 10
afortunado al rico ni tampoco al poderoso, cuan-
do decía que no se maravillaba él de que el vulgo
estimase en mucho a un hombre malo, porque el
vulgo juzga solamente por las cosas que parecen
de fuera, y de solas aquellas tiene conocimiento, 15
y parece que las opiniones de los sabios confor-
man con las razones. Estas cosas, pues, parece que
tienen alguna probabilidad, pero en los negocios
júzgase la verdad por las obras y la vida, porque
en éstas está lo principal. Conviene, pues, que se 20
considere esto que habemos dicho haciendo ano-
tomía dello en las obras y en la vida, y que cuando
las razones conformaren con las obras, [se acepten;
y si difieren, han de diputarse por fábulas y pala-
bras huecas. El que en los negocios de la vida se 25
conduce según la razón, honrándola y respetán-
dola, paréceme ser el mejor y el más amado de
los dioses; porque si los dioses tienen algún cui-
dado de las cosas humanas (como parece verisí-

mil), probable es que se deleiten con aquella parte del hombre que mejor es y más aproximada a ellos, es decir, con la razón, y que protejan especialmente a los que en mayor grado aman y veneran a aquélla, porque ven que éstos prestan acatamiento a lo que ellos prefieren, y viven recta y honestamente. Y está claro que todo eso se da principalmente en el sabio, por lo cual es éste el más amado de Dios, y resulta verisímil que sea también el más feliz. Por lo cual, aun en este concepto, será el sabio el más dichoso de todos los hombres.

CAPÍTULO IX

DEL SABER Y DE LA PRÁCTICA EN ESTA FILOSOFÍA

15 Trata el filósofo en este capítulo de la necesidad de que el gobernador de la república dicte preceptos para mover a los hombres al ejercicio de la virtud,] lo cual no puede hacer si no se le da autoridad para que lo que él determinare y ordenare dentro de aquel pueblo o ciudad, sea firme y valga por ley particular, y pueda prohibir las demasías en lo que toca al comer, al vestir, a los juegos, al holgar, a los malos tratos y torpes usuras, a las mercaderías que no valen para otro sino para estragar la pública honestidad. Porque con esto habrá pública
20 disciplina, y los hombres, comenzando a seguir la virtud por temor de la ley, vernán después cuando tengan más sano el juicio a amarla por sí misma. Todo esto se hará muy bien si en semejantes senados no se admitieren hombres ambiciosos de honra, ni codiciosos de dinero,
25 porque tales gentes como éstas no valen sino para des-

truir la buena disciplina, sino hombres de costumbres moderadas, y que tengan esta sciencia, y sepan a quién han de inducir con premio y a quién con castigo, que son las dos riendas por donde los hombres han de ser regidos. Concluye, en fin, su libro, prometiendo tratar de la república, y mostrando el cómo, la cual obra también, si el Señor nos diere fuerzas para ello, la traduciremos para utilidad de todos en nuestra vulgar lengua. 5

Pero por ventura, si destas cosas y de las virtudes, y también del amistad y deleite, así sumariamente está tratado, ¿habemos por eso de entender que ya nuestro propósito ha llegado al cabo? O como se dice comúnmente en las cosas que se hacen, no consiste el fin en el considerar ni entender cada una dellas, sino en el ponerlas por la obra? No basta, pues, en lo que toca a la virtud el saber, sino que se ha de procurar de poseer la virtud y usar della, o si otra vía hay por donde seamos hechos buenos. Si las razones, pues, fueran bastantes para hacer los hombres buenos, de muchos y grandes premios (como Teognis dice), fueran dignas, y con cualquier dinero fuera bien comprarlas. Pero parece que lo que ellas más pueden hacer, es exhortar y incitar a los más generosos mancebos a las costumbres generosas, y el que de suyo es aficionado a lo bueno, hácele perseverar en la virtud. Pero a la vulgar gente no bastan a inducirla a que a las cosas buenas se aficiona, porque el vulgo no es apto para ser regido 10 15 20 25

por vergüenza, sino por temor, ni apartarse de lo malo por su propio corrimiento, sino por el castigo, [porque viven rigiéndose por sus afectos; buscan] sus propios deleites y las cosas de donde
5 les pueden proceder, y huyen de las contrarias pesadumbres. Pero de lo que es honesto y realmente deleitoso ni aun noticia no tienen, porque no son gente que gustan de cosas semejantes. A tal gente, pues, como ésta, ¿qué razón hay que baste
10 a ponerlos en regla ni concierto? Porque las cosas que de mucho tiempo están recibidas en costumbres, no pueden, a lo menos no es cosa fácil, mudarlas por palabras. Y aun por ventura nos habemos de tener por contentos, si cuando están a la
15 mano todas las cosas que para ser buenos parece que habemos menester, abrazamos aún entonces la virtud. Hay, pues, algunos que tienen por opinión que los hombres se hacen buenos por naturaleza, otros que por costumbres, y otros que por doctrina. Lo que toca, pues, a la naturaleza, manifiesta
20 cosa es que no está en nuestra mano, sino que los que son realmente bien afortunados, lo alcanzan por alguna causa divina. Pero la razón y la doctrina no tienen fuerza en todo, sino que es menester que
25 el ánimo del oyente esté dispuesto con buenas costumbres para que, como debe, ame lo que ha de amar y aborrezca lo que ha de aborrecer, de la misma manera que conviene estar bien sazónada la tierra que ha de [recebir la simiente]. Porque

el que a su gusto vive, ni escucha la razón que le
 desaconseje aquello, ni tampoco la entenderá. Y
 al que desta manera está dispuesto, ¿quién será
 bastante a persuadirle? En fin, el afecto no parece
 que es cosa que se subjeta a la razón, sino a la 5
 fuerza y al castigo. Conviene, pues, que preceda
 costumbre propia en alguna manera de la tal vir-
 tud, la cual costumbre ame y se aficione a lo ho-
 nesto, y aborrezca lo que es torpe y deshonesto.
 Pero es dificultosa cosa, dende la mocedad, al- 10
 canzar vida encaminada a la virtud, no criándose
 uno debajo de leyes que inclinen a lo mismo,
 porque el vivir templadamente y perseverando
 en ello, a la gente vulgar no le es aplacible, y es-
 pecialmente a gente moza. Por esto conviene que 15
 así el comer como los ejercicios en que se han
 de ejercitar sea tasado por las leyes, porque acos-
 tumbrándose a ello, no les será pesado. Pero no
 basta por ventura que los que son mancebos al-
 cancen buena regla en su vivir y buen regi- 20
 miento, sino que conviene también que, llega-
 dos a ser varones, se ejerciten y acostumbren
 en lo mismo, y para esto tenemos necesidad de
 buenas leyes, y aun para todo el discurso de la
 vida, porque los más de los hombres, más obede- 25
 cen por fuerza que por razón, y más por castigos
 que por honestidad. Por esto les parece a algu-
 nos que los que hacen leyes deben convidar y
 exhortar a la virtud por causa de la misma hones-

5 tidad, como cosa a la cual los buenos señalada-
mente obedecerán por lo que tienen de costum-
bre; pero a los que fueren desobedientes y no bien
inclinados se les pongan penas y castigos, y a los
10 que del todo fueren incurables los echen de la
tierra. Porque el que bueno fuere y viviere con-
forme a la honestidad, dejará regirse por razón,
pero el malo y amigo de vivir a su apetito como
bestia, sea castigado con la pena. Y por esto dicen
15 que conviene que se pongan tales penas, que sean
del todo contrarias a los deleites a que ellos son
aficionados, pues si el que ha de ser bueno, como
está dicho, conviene que sea criado y acostum-
brado bien y que después viva ejercitándose en
20 buenos ejercicios, y que ni por fuerza, ni de su
voluntad haga cosa mala, y esto se ha de hacer,
viviendo conforme a algún buen juicio y a orden
alguna buena que en sí tenga alguna fuerza, el pa-
ternal señorío, por cierto, ni tiene fuerza, ni necesi-
25 dad que fuerce ni aun el de un solo varón, sino que
sea rey o cosa semejante. Pero la ley tiene fuerza y
poder obligatorio, siendo una razón que haya proce-
dido de alguna grave prudencia y buen juicio. Asi-
mismo los hombres suelen aborrecer a los que les
van a la mano a sus deseos, aunque lo hagan con
razón, pero la ley no es cosa pesada cuando man-
da lo que es bueno. En sola, pues, la república de
los Lacedemonios parecen algunas otras pocas (?),
parece que el legislador tuvo algún cuidado de la

crianza y ejercicios, pero en los más de los pueblos ningún cuidado hay de cosas semejantes, sino que cada uno vive como quiere, rigiendo sus hijos y mujer de la manera que se cuenta en las fábulas que los regían los Cíclopes. Lo mejor, pues, de todo sería que en esto hobiese un común y buen gobierno, que fuese bastante para haberlo de hacer. Pero si en lo público hay descuido en esto, parece que le convenía a cada uno encaminar sus hijos y amigos a la virtud, o a lo menos procurarlo. Y parece que más perfectamente lo podría esto hacer, si conforme a lo que hasta aquí habemos tratado se hiciese este tal un buen legislador; pues los comunes gobiernos se tratan y rigen por las leyes, y aquellas son buenas leyes que están hechas por buenos. Ni parece que habrá diferencia de que las tales leyes sean escritas o no sean, ni tampoco de que por las tales leyes uno o muchos sean regidos o instruidos de la misma manera que en la música, y en el arte de la lucha y en los demás otros ejercicios, porque así como en los pueblos mandan las cosas instituidas por ley o por costumbre, de la misma manera en las casas las palabras y costumbres paternas, y aun más aquí por el cercano parentesco y por los beneficios, porque naturalmente los hijos son ya aficionados y benévulos al padre. Asimismo hay mucha diferencia de la crianza y doctrina particular a la universal o general, de la misma manera que

en la medicina. Porque generalmente a todo hombre que está con calentura le conviene la dieta y el reposo, pero particularmente a alguno por ventura no le es provechoso. También el que enseña
5 a combatir no ejercita por ventura a todos en un mismo género de ejercicio, y aun parece que cada cosa se tratará más exquisitamente, teniéndose particular cuidado della, porque de esta manera cada uno alcanza mejor lo que le conviene; pero
10 de cualquier cosa en particular ternía mejor cuidado el médico o el maestro de la lucha o cualquier otro artífice que sea, si generalmente entendiere lo que a todos conviene, y también lo que a éstos o aquéllos, porque las sciencias son de cosas
15 generales y estas mismas tratan. Pero con todo eso bien pudiera ser por ventura que algún particular, aunque no entienda la sciencia en general, rija bien y tenga cuidado de alguna cosa así en particular, sabiendo y habiendo visto por la experiencia lo
20 que en las cosas particulares acaece, así como hay algunos que para sí mismos parece que son buenos médicos, y para otrie no podrían aprovechar cosa ninguna; no menos, pues, por ventura parece que el que en cualquiera cosa quiere ser
25 artífice y contemplativo, ha de darse a entender lo universal y comprenderlo de la mejor manera que ser pueda, porque ya está dicho que en éste están las sciencias puestas; y aun que por ventura que el que quiere poner diligencia en hacer mejo-

res, ora a muchos, ora a pocos, debe procurar de ser hombre apto para hacer leyes, si mediante las leyes nos habemos de hacer buenos. Porque disponer bien una buena ley, que ya de antes está puesta, no es oficio de quien quiera, sino que si 5 de alguno es, es del que lo entiende, así como en la medicina y en las demás artes, que consisten en diligencia y en prudencia. ¿Habemos, pues, por ventura de tratar tras desto, de dónde y cómo se hace uno apto para hacer leyes? ¿O habemos de 10 decir que esto, como todo lo demás, se ha de tomar de los libros de república? Porque esta facultad parece ser una partecilla de la disciplina de república. ¿O diremos que no es de la misma manera en la disciplina de república, que en las de- 15 más ciencias y facultades? Porque en las demás facultades véese claro que los mismos que las enseñan son los que usan dellas, como los médicos y los pintores. Las cosas, pues, tocantes al gobierno de la república, los sofistas prometen enseñar- 20 las, pero ninguno dellos las ejercita sino los que están [para el gobierno de los] pueblos, los que les parece que lo hacen más por su buen juicio, y por la experiencia, que por cierta razón de entendimiento. Porque desta facultad jamás vemos que 25 escriban ni disputen (aunque fuera por ventura mejor hacerlo esto que escribir oraciones judiciales o deliberativas), ni tampoco vemos que a sus propios hijos los hacen aptos para el gobierno de

la república, ni menos a ninguno de sus amigos, y parece conforme a razón que, si pudieran, lo hicieran, porque ninguna cosa podían desear más útil para los pueblos, ni desear para sí cosa mejor que semejante facultad, ni para los que más queridos suyos fuesen. Pero importa para esto mucho la experiencia, porque si no fuese así, no se harían los hombres más aptos para el gobierno de la república por el uso y costumbre de regirla. Por esto los que desean entender las cosas de la república, parece que tienen necesidad de experiencia. Pero los sofistas, que prometen enseñarlas, parecen estar muy lejos de hacer lo que prometen, porque del todo, ni ellos [saben qué] cosa es esta ciencia, ni menos de qué trata, porque [si lo supiesen], no dirían que es lo mismo que la retórica, [ni que] es menor que la retórica; ni ternían por opinión que es cosa fácil el hacer leyes, juntando a una las leyes que les parecen buenas, porque se pueden escoger de allí las que fueren mejores, como si el escoger no fuese cosa que requiere [buen ingenio y] saber bien discernir cuál es lo mejor, como en las cosas que pertenecen a la música. Porque los que en cada cosa tienen experiencia, juzgan bien las obras, y de dónde, y cómo se hacen perfectas las cosas que ellos saben, y qué cosas conforman las unas con las otras, pero los que no tienen experiencia, hanse de tener por contentos de alcanzar siquiera a entender si está bien o mal hecha

la obra, como acontece en la pintura. Pero las leyes parecen ser obras civiles. ¿Cómo, pues, con lo que los sofistas enseñan, será uno apto para hacer leyes o para juzgar cuáles son las mejores? Porque ni aun médicos no parece que se hacen los hombres con sólo leer los libros, y con todo se [atienden] no solamente a tratar de los remedios, pero aun si [pueden tener sciencia de ellos, y aun] la de curar, distinguiendo los hábitos por sí de cada uno. Estas cosas, pues, para los que tienen experiencia cosas útiles parecen, pero para los que no son doctos, no sirven de nada. El hacer, pues, conferencias de leyes y de repúblicas para aquellos que pueden considerar y juzgar en esta materia lo que es bueno, o lo contrario, y determinar qué cosas cuadran unas con otras, por ventura que sería útil. Pero los que sin tener hábito en esto quieren tratar dello, no juzgarán bien dello, sino acaso. Lo que por ventura ternían, es que serían más aptos para comprenderlo. Pero, pues, los pasados dejaron esta materia del hacer leyes sin tratar, mejor será por ventura que nosotros la tratemos y estudiemos, y aunque del todo disputemos de la disciplina de república, para que, cuanto a nosotros fuere posible, demos el remate a la filosofía que trata y considera las cosas que tocan al gobierno de los hombres. Procuremos, pues primeramente de tratar si algo particularmente dijeron bien acerca desto los pasados. Después, conferien-

do unas repúblicas con otras, consideremos qué cosas son las que conservan y cuáles las que destruyen las repúblicas, y también cuáles destruyen particularmente cada género de república y por qué causas unas son bien administradas [y otras al contrario. Porque, consideradas estas cosas,] entenderemos por ventura mejor cuál es el mejor gobierno de república y cómo está ordenada cada una, y de qué leyes y costumbres usa. Sigámoslo, 10 pues, comenzándolo a tratar desta manera.

FIN DE LOS DIEZ LIBROS MORALES DE ARISTÓTELES